

ron á organizar con una fuerte autoridad sus respectivas Iglesias y á tomar en ellas un alto predominio; los príncipes vacilantes corrieron al catolicismo; los príncipes católicos se ligaron mas todavía en torno del Papa; cumpliéronse pues en esta suprema crisis las leyes de la revolucion y de la reaccion universal.

## CAPÍTULO VIII

MARTIN LUTERO Y CATALINA DE BORA

Encontrábase Lutero con el corazon traspasado á consecuencia del disentiimiento entre su doctrina religiosa y el pueblo aleman. Acostumbrado á contar en sus combates con el voto público y á ver henchidas sus esperanzas por el aura popular, entristecíase á las maldiciones de los humildes como no se entristeciera jamás á las amenazas de los poderosos. Los hombres, á quienes habia devuelto la tranquila posesion de su conciencia y á quienes habia anunciado el santísimo advenimiento de su derecho, volvíanse contra él en la embriaguez de un combate titánico y sacaban de sus propias doctrinas consecuencias increíbles que á un mismo tiempo le dolian por su persona y le aterraban por su patria. En esta situacion, verdaderamente angustiosa, nada tan natural como volver los ojos á la paz del hogar, al regazo del amor, á los goces tranquilos de la familia, mayores mil veces que para el resto de los mortales, para los hombres á quienes ha agitado y conmovido la tragedia del combate continuo por las ideas religiosas ó por los intereses políticos. Cuántas veces, al recibir en las polémicas uno de esos golpes que suelen quebrantar á las naturalezas mas fuertes y al experimentar una de esas heridas del alma mucho mas dolorosas que las heridas del cuerpo, en las tempestades abrasadoras de una sociedad entregada fatalmente á la revolucion, en los estremecimientos de los partidos presa de un delirio, bajo el peso de las injusticias de cada dia, entre las alternativas de la ciega fortuna y los cambios de la movible opinion, Lutero volveria los ojos con tristeza y envidia hácia los ho-



gares llenos de un amor casto, henchidos con el gorjeo de los pequeñuelos, habitados por la paz interior, la mas encantadora de todas las paces, y donde cada acto de la vida privada toma el aspecto de una leyenda poética y cada rincon de la santa casa habitada por la familia honrada y honrosa queda elevado á la categoría de un altar por la pureza del culto doméstico y por la santidad de los íntimos recuerdos. Despues de todo, cuando se han recorrido las altas cimas del poder y se han gustado los dulces filtros de la gloria y se han sentido las satisfacciones de la ambicion y se han visto arremolinarse en torno de uno las muchedumbres sin que en ninguna de esas embriagueces del sentimiento y de la idea se haya tocado la menor felicidad, vuélvense los ojos tristemente á la única isla de recogimiento y de reposo, al hogar doméstico, y suspira el corazon por el retiro de los aposentos que el amor ilumina, por los goces de la mesa que el blanco pan amasado de amigas manos llena, por la cuna donde los pequeñuelos yacen ofreciendo sonrisas y demandando besos, por el coloquio íntimo en que las cosas mas sencillas y las ideas mas vulgares se esmaltan de los indecibles encantos exhalados por las miradas y por los suspiros de un profundo y verdadero cariño.

Lutero no podia llegar á esta felicidad sin herir muchas leyes sociales, sin faltar á muchos compromisos antiguos, sin desdeñarse y separarse de importantísimos y trascendentales juramentos. Así como no llegara en los combates de su razon á la nueva fe sino á precio de herir y olvidar la antigua, no podia llegar en los combates de su sentimiento al matrimonio sino despues de haber olvidado antiguos y solemnes votos. Cambian con mayor facilidad las leyes que las costumbres y las instituciones que las ideas; y por consiguiente, aun para aquellos mas decididos por la nueva fe, aparecia como repugnante un monje casado, y casado con una monja. Lutero mismo, que jamás oculta el fondo de su pensamiento, y que en su afan de escribir, esparce á todas horas entre sus amigos las emociones mas íntimas y secretas de su vida, nos refiere cuánto combatian, con qué empeño, sus amigos mas fieles y mas fraternales la resolucion de su casamiento. Si el monje hubiera pertenecido á una de esas familias que empeñan á sus hijos en la carrera eclesiástica y les obligan, para granjearse una posicion social, á pronunciar votos dados por los labios y desmentidos por el corazon, se com-

prenderia fácilmente que, no pudiendo vencer á la naturaleza, ahogar los hervores de la sangre, sufrir las reconvenciones del sentimiento, contrastar la necesidad de perpetuarse por la generacion, rompiera la celda como el enterrado vivo rompe su sepulcro, y se lanzara de un salto al aire de la vida y al calor de la pasion. Pero, casualmente, el reformador perteneció á una familia, la cual opuso cuantos obstáculos fuéle dado arbitrar, al monacato y al voto de castidad. Hans Lutero llevó sus resistencias hasta la tenacidad, y reconvino brutalmente á su hijo en la hora misma de su primera misa. Y no perteneció Lutero á esos monjes, que abrazan la cruz en algun extremo instante de desesperacion, para dejarla, olvidadizos, así que recobra la vida su curso natural y la razon su acostumbrado imperio. No, Lutero no podia llamarse de esos hombres, en quienes la emocion nace y muere con extraordinaria facilidad. Su alma se amoldó al claustro como se amolda á su concha la ostra. Diríase que se hilaba el sayal en torno de su cuerpo como se hila el bombix su capullo de amarilla seda. Los pensamientos de su cerebro se disipaban á una en cerúleas nubes de incienso y la carne de su corazon se derretia en los abrasados carbones del éxtasis. El primero en levantarse con la aurora, el último en recogerse á las tinieblas; ocupadas las manos con el breviario; ceñido á los riñones el cingulo y al cingulo el cilicio; de rodillas al pié del ara ó sobre la losa del sepulcro; extáticos los ojos en la contemplacion de lo invisible; entrecortado el aliento por suspiros de amor místico; aquella grande alma, que se indignaba del lujo de Roma y que se revolvía contra los monasterios espléndidos, estaba indudablemente por sus inclinaciones entre las que pasan volando en el tiempo y en el espacio, sin detenerse á reposar un instante en la tierra, y como superiores á las humanas pasiones, encaminándose de continuo á su verdadero centro de gravedad, que está en los cielos.

Solo en cierto caso comprenderíase que Lutero cambiara todo su natural y decidiera consagrar á la familia los cuidados que antes consagrara á la humanidad; solo en el caso de verse asaltado por un verdadero y profundo amor, sin el cual apenas pudiera concebir la vida. Las naturalezas excepcionales se hallan mas expuestas al asalto súbito de estos vivos afectos que las naturalezas vulgares. El amor sojuzga indudablemente á los hombres de



genio, mas, mucho mas que al resto de los mortales. Sus nervios abiertos á la electricidad, sus fibras muy combustibles, sus emociones muy fuertes, sus recuerdos muy vivos, la fijeza y concentracion de su pensamiento en un solo objeto, la fecundidad de su imaginacion que á todo le presta un gran relieve, el ardor de sus sentidos, el sentimiento profundo de su corazon hacen que amen como nadie, cuando les posee y les tiraniza el amor. No creais que las grandes pasiones se retratan, que los primeros apasionados se evocan, que los martirios de la desesperacion amorosa se representan, que los dolores del alma enamorada se reproducen desde las heladas alturas de una inaccesible indiferencia. Cuando el preceptista latino exigió que lloraran los que debian hacerle llorar, supuso implícitamente que, para hacer sentir un poeta, un orador, un artista, es necesario que sienta. Y desengañémonos, el sentimiento de los sentimientos, el que arroba toda el alma, el que hace embabecerse en la contemplacion toda la fantasía, el que nos sumerge en el olvido hasta de nosotros mismos, el que nos embarga de todo en todo al extremo de arrebatarnos la conciencia, el que ocupa nuestros dias con sus emociones y nuestras noches con sus ensueños, el que se imagina creador y eterno como Dios, el que aspira, no cabiendo en la vida, de continuo, á la muerte, el sentimiento de los sentimientos ¡ah! es el amor. Si Lutero en la flor de su juventud tropieza con una de esas mujeres que inspiran una pasion invencible, así por lo exaltada como por lo profunda, y se casa, de seguro hubiera encontrado, hasta en los juicios mas severos, la excusa de su amor.

Pero veamos, dando de mano al apasionamiento de los autores católicos, el matrimonio de Lutero, tal como lo describen los autores luteranos. El 4 de abril de 1524, un caballero de los mas exaltados por la Reforma y mas decididos por el reformador, habia logrado que rompieran su celda y salieran de su convento nueve monjas pertenecientes á las mas nobles familias de Alemania. Entre estas nueve monjas encontrábase Catalina de Bora, hija de un noble sajón. Es bien extraño lo que sucede con la fisonomía de Catalina en la historia del arte alemán. Abundan los retratos, pero todos discordes y opuestos en tanto grado, que mientras en unos aparece de agradable presencia y aun de elevada hermosura, en otros aparece fea y hasta repugnante. Lo cierto es que estos retratos contradictorios parecen pintados por los partidos

contrarios al reflejo de sus encontradas supersticiones. Después de maduro exámen, de imparcial y reflexivo juicio, Catalina de Bora ni parece excesivamente hermosa como pretenden unos ni excesivamente fea como otros pretenden, sino vulgar, y lo que llamamos en español, una regular ama de casa. En los primeros dias de su llegada desde el convento á Witemberg confundiola el monje con la multitud de mujeres de igual condicion que iban á todas horas en tropel á pedirle refugio. En carta dirigida al privado del Elector pinta el triste estado de estas infelices exclaustadas, y le pide para ellas una humilde limosna. Pero convencido por la experiencia de que las larguezas del Elector no pueden bastar al socorro de tantas necesidades, arbitra escribir á sus padres para que recojan á estas hijas sin hogar, mover á los primeros ciudadanos y á las primeras familias á que las protejan, tratar de casarlas con los jóvenes de la poblacion y especialmente con sus discípulos predilectos. Pero, en ninguna de estas cartas, en ninguno de estos proyectos se trasluce la menor idea de casarse con cualquiera de aquellas monjas. El amor no resplandece aun á sus ojos de místico; y si hemos de creer el contexto de sus cartas, las páginas de sus apologistas, las declaraciones de sus Memorias, el comun sentir de los libros protestantes, Lutero se casó, no por impulsos del corazon, no por revelaciones del sentimiento, sino por demostrar clara y palpablemente la verdad de su doctrina, en la cual se sobreponia el matrimonio al celibato y se condenaba la principal condicion del clero católico, el imprescindible voto de castidad. Comprendemos que un hombre de la exaltada naturaleza, de la viva inteligencia, del fogoso sentimiento que todos admiramos en el reformador, se casara por apasionamiento; mas no comprendemos que se casara por razones de secta, ó por exigencias de partido y de doctrina. Si hemos de creerle á él mismo, sus mas entusiastas correligionarios, colocados por el destino en estas penumbras de la historia, en que se mezclan la luz y la sombra, y en que se combaten lo pasado y lo porvenir, aunque profesaran ideas contrarias al celibato eclesiástico, no veian de buen ojo el triste olvido de antiguos votos y el improvisado casamiento de un monje con una monja. Erasmo, que guarda para todos estos accidentes de la vida un dardo, y que tiene la cualidad propia del satírico, la cualidad de encontrar el lado flaco de todas estas cosas, exclamó, al saber los proyectos